AQUELLAS HISTÓRICAS MURGAS Y EL ENTRAÑABLE RECUERDO DEL QUELO RAMÓN GONZÁLEZ

Cuando los tambores eran el canto de los barrios

"Negros atrás de la puerta", "Pélala que está madura", "Le gustó, dígamelo", "Sacale el hilo a las chauchas".

Por Gerardo "Pipo" Iglesias

Lo que siempre me gustó de los fines de año y el arranque del nuevo, eran los sonidos cercanos de los redoblantes y tambores que llegaban desde las calles Calderón, Peyret, Etcheverry, todas al fondo, chocando con España. Era la muchachada que calentaba los cueros porque ya febrero iba doblando la esquina. Y en esos tiempos, los 60, 70, 80, febrero era carnaval.

Y carnaval eran murgas de barrio, de laburantes y ortivas, de músicos por talento, sin academias ni pentagramas. Músicos a fuerza de darle al parche, de buscarle el secreto a los palos, al bombo, para que las necesidades que muchos pasaban a diario quedaran a un lado, al menos por unas horas.

Recuerdo que las previas, las murgas salían desde allá abajo, donde la Defensa Sur para hoy el Uruguay, subiendo hasta el centro. Todos de civil y con la mitad de los integrantes. Esas subidas permitían recaudar para los trajes, las pinturas, los estandartes, para armar, para vestir a las murgas que saldrían en las noches de carnaval. Esas noches de carnaval que eran bien populares, en una Plaza Ramírez que reventaba de gentes, con los pomos de agua a pleno, muchos de ellos salidos también desde el Puerto Viejo, desde aquel taller que tenía el Bachi en la Tibiletti al fondo, casi chocando la cancha de Parque. Y subían los murgueros, de civil, hasta el centro. Y las gentes, que por entonces "veredeaban" en busca del fresco que el verano les retaceaba, dejaba su apoyo traducido en monedas en las cajas que los gurises pasaban mientras los murgueros mostraban algo de lo que presentarían después. Y en esos murgueros andaba el Quelo. Tenía nombre rimbombante: Florentino Ramón González. Pero nadie lo llamaba o lo conocía así. Era simplemente el Quelo. Flaco, largo, cara curtida por el tiempo, por los malos y los buenos tiempos. El Quelo era el director. Pero llegó a eso después de pasar por todos los estamentos de las murgas de entonces, desde el pibe que iba adelante, abriendo, iniciando a los que venían detrás, pasando por el redoblante, el estandarte o el bombo. El Quelo era un poeta. Tenía esa poesía que solo la vida brinda, la de vivir en el límite de todo. La de parar la olla con lo que hubiera. Y si no había. Pararla igual.

La Calderón y España era el punto de reunión, donde hoy "aguanta el mostrador" un mitológico boliche de barrio, donde la pelota era dueña de todo a lo largo del año, salvo en tiempos de carnavales. Y ahí, en esa esquina, un poquito más sobre la España, el Quelo vivía con la murga al lado. Siempre. "Estas sentado con un poeta, pibe" le supo decir a Juan, cuando caímos para una nota con el entrañable Gordo Puchulu. No le erró el Quelo. Los nombres de sus murgas llevaban poesía, popular, de barrio, de calles de tierras, de necesidades, de manos abiertas. De Pueblo. "Negros atrás de la puerta; Los Abran cancha; Le gustó, dígamelo; Sácale el hilo a las chauchas; Ríe corazón payaso; Alegría del Circo; Cruzando el Disco; Pélala que está madura". Así se llamaron algunas de las murgas del Quelo.

Esos nombres llevaban los grandes estandartes que cargaban Cosita o Pepola, con el negrazo que fue Cachila como payaso, como para refrendar lo popular de todo esto.

No sólo de música y estandartes era la cosa. Cada uno se confeccionaba sus trajes, una vez que estaba decidido el tema, el motivo y los colores. Ahí sí, cada uno a sus casas, a las manos sabias de las mujeres de la familia, para que comiencen con el armando del traje.

Se extrañan esas murgas. Se extraña ese calor popular, esos duelos con los Muñoz que salían desde el "30" para batirse a duelo a pleno parche, frente al jurado que se instalaba en la Municipalidad.

Los tiempos cambiaron, las murgas se renovaron y por estos años se ha ido recuperando el calor popular de una fiesta que surge del pueblo mismo. Pero el recuerdo de aquellas noches vive presente en aquellos barrios del sur de la ciudad y en la memoria de los que tuvieron la suerte de verlo y vivirlo.

Murgas y murgueros de ley, peleando a parche redoblado enfrente al jurado para ser elegidos como los mejores. Poco importaba el premio monetario (aunque después se repartiera y se brindara gracias a él), se iba por el honor de ser el mejor de la ciudad, honor que se mantenía durante un año entero, hasta el próximo carnaval.

Los redoblantes, bombos y lentejuelas quedaban en silencio por un tiempo. Hasta que, en las primeras horas de diciembre, el sonido dulzón empezaba a llenar el aire, preanunciando que la fiesta estaba por volver.